

“MANDATO”

PRIMERA PARTE

I.

Buenos Aires, 2018

El reloj marcaba las 6.30 de la mañana. Una larga fila de personas esperaba desde hacía más de dos horas con el número que habían retirado, por orden de llegada, de un talonario apoyado en un desvencijado y solitario mostrador de madera. Todos conocían la rutina y llegaron con la esperanza de estar entre los primeros cuarenta que iban a ser atendidos. Un sistema que lleva décadas sin que nadie se anime a cambiarlo.

Las condiciones de trabajo en el hospital eran lamentables. Sueldos bajos, insumos insuficientes, gente sin techo que en la noche busca abrigo en la Sala de Guardia, que duerme en bancos o en el piso tapados con frazadas apolilladas. De día, una nueva y creciente andanada de pacientes de clase media empobrecida.

Gabriel Borja caminaba a paso lento por esos pasillos que conocía como pocos: trabaja allí desde hace casi tres décadas. La barba a medio crecer, la palidez en su rostro y las profundas ojeras eran señales inequívocas de que no había pegado un ojo en toda la noche.

–Buen día, doctor –le dijo sin muchas ganas la secretaria del director, que mojaba una medialuna en una taza colmada de té con leche.

Gabriel avanzó en silencio, golpeó la puerta e ingresó sin esperar respuesta. El doctor Alberto Gentile lo miró sentado sobre el escritorio. A semanas de cumplir 64 años, su mente estaba más ocupada pensando en lo que iba a hacer cuando el tiempo fuera todo suyo que en resolver los problemas de esa mole blanca con 250 camas que recibía pacientes de la Ciudad de Buenos Aires, del conurbano bonaerense y del interior provincial, pero también de Bolivia, Perú y otros países vecinos.

Sin embargo, esa estructura de los años cincuenta, obsoleta y poco funcional, que se destacaba por su perfil blancuzco y rectangular por sobre el resto de los edificios de la avenida Díaz Vélez al 4000, cerca de Parque Centenario, y que el presidente de turno decidió llamar «Doctor Ernesto Castro Campos», seguía siendo un lugar de referencia.

–¿Te lo tengo que repetir?... ¡Me harté de recibir quejas de tus compañeros, de tus pacientes y de los familiares de tus pacientes! No estamos en una fábrica de tornillos. ¿Está claro? –le recriminó el director mascando chicle y bronca.

Gentile había ingresado al hospital a los 23 años, como residente de Cardiología y con el entusiasmo de los recién llegados. Desde ese mismo momento, no paró de ascender gracias al arte de la diplomacia, que dominaba como pocos, y a una cintura maleable que le permitió capear las peores crisis económicas, sanitarias y políticas, que hubieran derribado de un soplo a cualquier otro director. No obstante, más allá de esas cualidades, los problemas financieros del hospital lo tenían desde hacía unos meses de pésimo humor y sin paciencia.

Gabriel se apoyó manso en una de las paredes y lo miró sin abrir la boca. Sabía que el silencio era el mejor remedio para ese tipo de situaciones y que su jefe, lentamente, iría bajando los decibeles. Para Gentile, no había peor cosa que esa coraza de mutismo, que consideraba inconducente y hasta enfermiza. Pero esa mañana optó por esperar un poco más de lo habitual y tratar de mantenerse calmo. Fue en vano. El silencio lo superó.

–Estamos todos mal, Gabriel. No sos el único que arrastra problemas. Acá trabajás con gente que está enferma, sin laburo, que sufre y se muere al día siguiente. Todos los días, el mismo panorama, la misma escena. ¿Qué carajo te está pasando? –disparó con ganas de herirlo en lo más profundo y, al mismo tiempo, hacerlo reaccionar.

Gabriel siguió en silencio, imperturbable. Se pasó la mano por la boca, como queriendo sellarla, y enseguida pensó en mandarlo a la mismísima mierda.

El director, mientras se golpeaba la palma de la mano con el estetoscopio que le colgaba del cuello, consideró, a esa altura de los acontecimientos, que lo mejor era darle de beber de su propia medicina y, sin verbalizar nada, concretar el plan que venía mascullando desde hacía meses: enviarle el telegrama de despido. Una medida siempre antipática, pero que no le traería ningún tipo de contratiempos.

Hacía rato que los delegados sindicales, que le respiraban en la nuca cada vez que echaba a un empleado y hasta lo habían obligado dos veces a dar marcha atrás con la avenida paralizada por neumáticos en llamas, ómnibus cruzados de lado a lado, pancartas y cerca de treinta empleados que vociferaban como un centenar, le habían soltado la mano a Gabriel.

No obstante, solo él sabía el profundo dolor que le produciría firmar ese expediente. No solo por el cariño que le había tomado en todos esos años, sino también porque, pese a todo, Gabriel era el mejor obstetra del hospital.

–Escuchame, Gabriel, nadie va a hacer el laburo por vos. Los problemas personales, tus quilombos con Laura o con quien sea, los dejás en la puerta. ¿Está claro? No pongo más la cara por vos. ¡Nunca más! –exclamó el director, al tiempo que lo miraba fijo, se sacaba el chicle de la boca y lo aplastaba con fuerza en el fondo de un cenicero vacío. Toda una señal.

–¿Sabías que el mayor de los Pereira se me apareció acá, me quiso pegar y me amenazó de muerte delante de todo el mundo?... Mirá cómo quedó.

Gentile le señaló la parte baja de la puerta hecha añicos por la brutal patada de Pereira antes de dejar el despacho. Pero Gabriel no se amilanó.

–Si esa familia necesita tratamiento psiquiátrico, es cosa de ellos. Yo soy obstetra.

Era de noche cuando dejó el auto en la playa de estacionamiento, a cinco cuadras de Plaza Serrano, en el corazón de Palermo, el barrio en el que había decidido vivir apenas se separó de Laura, cuatro años atrás. Una elección que, a los pocos meses de estar allí, encontró equivocada. Nada de su geografía, que se encendía especialmente de noche con su colección de bares y restaurantes, galerías de arte contemporáneo, librerías que combinaban las últimas novedades con títulos de sofisticados autores franceses y shows de jazz en vivo y a la gorra, le dio algo de pimienta a su vida. Ni siquiera lo entusiasmaron las cuarentonas, solas o en grupo, divorciadas y profesionales, de buen pasar y figuras delineadas en los centros de cirugía estética de Recoleta, que se cruzaban en esos angostos pasajes adornados por coloridos grafitis.

Gabriel bajó del auto con la mochila al hombro. Caminó por el solitario palier hasta el único de los dos ascensores que funcionaba. Pulsó el llamador. Estaba exhausto e impaciente por llegar a su refugio. Siguió con la vista la señal lumínica del tablero. Todo se oscureció. Fuera y a lo lejos, la silueta recortada e iluminada de unos edificios. A su alrededor, penumbra. Puteó por lo bajo, hartado de la crisis energética y las explicaciones de siempre del gobierno de turno. También se acordó del consorcio y de varios de sus vecinos, que se negaban a comprar el bendito generador eléctrico. Un jubilado se asomó a la puerta de su departamento en sandalias, zoquetes blancos, short y con una vela en mano.

–¿Es general? –le preguntó.

Gabriel asintió con la cabeza y enfiló hacia el fondo, donde estaba la escalera de emergencia, para evitar lo que tantas veces había escuchado de ese y otros vecinos del edificio aglomerados en un compacto grupo que, sin fisuras, hacía causa común en favor de la causa del «No al generador», pero que puteaban por lo bajo con los cortes.

La débil luz de la linterna de su celular apenas le permitía ver los escalones. El lugar era insalubre. La humedad descendía del techo y dibujaba diversas formas en las paredes, en tonos grises verduzcos, y las aberturas, caprichosamente pequeñas, en la parte alta, cerca del techo, no daban abasto para ventilar el ambiente.

Gabriel pensó en los doce pisos que le esperaban y se acomodó la mochila en el hombro. La potente luz de una linterna lo encegueció en el tercero. Era la de una

mujer que venía bajando. Gabriel no la miró. Puso el cuerpo de costado para darle lugar, sintió el roce de la delgada cintura en su brazo y siguió subiendo. La separada del quinto, de unos 45 años y una verborragia que lo aturdiría, la misma que dos veces y sin éxito le había tirado los galgos, siguió su camino como si nada.

Un par de metros más arriba respiró y exhaló profundo, la distancia cortísima y ridícula entre los escalones, calculada por un arquitecto a vuelo rasante, le estaba empezando a provocar el entumecimiento del gemelo derecho. Lo último que me faltaba, la puta madre.

Pese al dolor que asomaba, comenzó a saltar escalones, rítmicamente, casi sin detenerse. Hasta que llegó al quinto. No era la primera vez que en una situación igual y en ese mismo piso las palpitaciones lo asaltaban. Respiró hondo, dos, tres bocanadas de ese aire viciado, pero aire al fin. Volvió a la carga. Aceleró el ritmo de ascenso con la mirada fija en las zapatillas claras, apenas iluminadas por la linterna del celular.

Los escalones se le hicieron borrosos, al igual que las zapatillas, que se movían cada vez a más velocidad. Un mareo súbito lo obligó en el noveno a tomarse fuerte del pasamano. Dio cuatro o cinco zancadas más. Un frío intenso le atravesó el cuerpo.

Las zapatillas se movían a gran velocidad y, a sus ojos, dejaban una especie de destello indescifrable. En un instante, se transformaron en borreguies negros que aplastaban pastizales bajos, endurecidos por la escarcha, en medio de una oscuridad casi absoluta.

Rapado, con campera y pantalón verde oliva y un bolso negro cruzado en la espalda, Gabriel corría desesperado hacia un alambrado lejano. Pese a los guantes, sentía las manos heladas. Solo pensaba en llegar. Huir del infierno.

II.

Buenos Aires, 1982

Eran casi las 6 de la mañana. Desayunaron juntos. Elena guardó en el bolso de Gabriel un par de fotos. Héctor fue el primero en levantarse, se duchó en tres minutos con agua fría, una costumbre que arrastraba del Ejército, y apareció en la cocina con el pelo engominado, de traje oscuro impecable y zapatos negros lustrados. Besó a Elena en la mejilla, que iba camino a la bacha con dos tazas vacías.

–Buen día.

La voz aflautada de Héctor no era la esperable de un hombre educado en los duros códigos militares. Elena le sonrió.

–Te aseguro que vas a aprender a valorar muchas de las cosas a las que hoy no les das importancia.

Gabriel, sentado en la mesa, asintió con la cabeza.

–Respetá a tus superiores y no te preocupes por nosotros. Cualquier problema lo hablás con tus jefes inmediatos, fijate con quién te juntás y no te dejes llevar por delante por tus compañeros, hacete respetar.

Gabriel estaba acostumbrado a ese tipo de comentarios. Los había escuchado desde chico.

Elena intentó que no la vean con los ojos llorosos.

–Vamos, aflojá un poco, Elena, no es para tanto, un año se pasa volando –le dijo Héctor con cierta ironía.

Gabriel guardó en el bolso la sencilla cruz de madera que su mamá le había dado minutos antes, besó a sus padres y caminó hacia la puerta principal del departamento.

–¿No lo vas a llevar?

Héctor giró la cabeza en forma negativa, mientras Gabriel se alejaba sin darse vuelta. La pareja quedó frente a frente y en silencio.

Ese 3 de febrero amaneció despejado y caluroso. Gabriel permaneció varias horas sentado en el piso de asfalto de un enorme playón del Distrito Militar Buenos Aires, junto a un centenar de jóvenes, bajo un sol abrasador y la mirada de un grupo de suboficiales. Alguien, finalmente, dio la orden.

Subieron a las cajas traseras de unos camiones de transporte de tropa, los Unimogs, que esperaban en fila y con los motores en marcha del otro lado del alambrado.

Las calles del barrio de la Base Aérea Militar de El Palomar son todas iguales, tan iguales que parecen maquetas de cartón gris. Chalets de tejas rojas a dos aguas, un par de ventanas y un pequeño jardín en el frente.

Caminaron en tres columnas desparejas, en la altura y en el ritmo de los pasos. Una marcha que, con el tiempo y la instrucción castrense, se volvería perfecta y sincronizada.

Un chico de unos diez años, tan rapado como su padre, jugaba con la rama de un árbol, a modo de fusil. Se cruzaron las miradas. En segundos, Gabriel advirtió el gesto desafiante. Parapetado detrás del muro de su casa, el nene cerró un ojo, le apuntó entre las cejas y ¡pum, pum, pum!

Los soldados caminaron hasta los hangares, a casi 300 metros de la última vivienda, unos galpones de techos bombeados e infinitos. Les ordenaron sentarse. Atardecía cuando dos suboficiales abrieron las pesadas puertas corredizas que daban a la pista. Los juntaron en grupos de 15. El cielo se había vuelto plomizo y amenazante. Gabriel sintió la furia del viento apenas pisó el cemento. Incluyó el cuerpo hacia adelante, con la cabeza baja y los ojos apenas abiertos para protegerse del polvo que llegaba del descampado y se arremolinaba descontrolado. Así avanzó. Pudo ver las siluetas recortadas de algunos edificios con lucecitas en las ventanas. Subió las escaleras con una mano en la baranda y la otra en el hombro del chico que iba delante.

Dentro del avión sintió alivio, una sensación de reparo y contención que duró poco. Un cabo lo empujó con fuerza hacia el pasillo. ¡Vamos, vamos, rápido!

Otro, de bigotes gruesos y oscuros que le bajaban por los labios hasta casi taparle los dientes, con los que seguramente buscaba ensanchar su delgado rostro, le señaló unas enormes planchas metálicas que cubrían el suelo, de una punta a la otra del avión.

Se sentó junto a un chico con cara de pánico que acababa de preguntarle al suboficial encargado de indicarles dónde sentarse si podía decirle adónde los iban a llevar. La respuesta fue un cálese que sirvió de autocensura para el resto de los pibes, que cargaban con la misma incertidumbre.

—¿Sabés adónde vamos?

—No tengo ni idea —respondió Gabriel.

—Es mi primera vez, ¿vos volaste? —le preguntó el chico.

—Sí, a los 12.

—¿Qué se siente?

—Nada, un cosquilleo en la panza cuando el avión empieza a carretear.

—En el hangar escuché que nos van a llevar al sur.

El grito de silencio que llegó desde la punta del avión hizo que el nervioso murmullo se apagara del todo. No volaba una mosca. Las miradas lo decían todo.

Apenas se acomodó el último pibe, los motores se pusieron en marcha.

—Soy Santiago, pero decime Santi —le dijo en voz baja.

—Yo soy Gaby.

El ruido de las turbinas hizo que varios chicos se taparan los oídos con las manos. Carreteo. Las planchas, que no estaban completamente sujetas al piso, chocaban entre sí, como los cuerpos, que se balanceaban cada vez más mientras el avión aumentaba la velocidad. Gabriel enganchó su brazo a la altura del codo con el de Santiago, en un gesto imitado por los que estaban a su lado, para intentar minimizar la sacudida.

Santiago empalideció. Tenía la frente transpirada.

–Cuando aterricemos, me la devolvés.

Gabriel le puso la cruz en la mano. Santiago la apretó con fuerza. Cuando las ruedas se despegaron del asfalto, se escucharon algunos gritos, mezcla de desahogos, ansiedades y miedos contenidos. La trompa redondeada apuntó hacia las nubes.

Un nudo en el estómago, seguido de una fuerte puntada, dobló a Santiago en dos. Instintivamente, se cubrió la boca con la mano. El cuerpo se arqueó hacia adelante. Vomitó sobre sus piernas. Una, dos veces, en segundos. Alcanzó a ver los restos casi irreconocibles de lo que los militares le habían dado en todo el día: un sándwich de una paleta sin gusto y una manzana sacada del congelador. Un olor nauseabundo lo inundó todo.

El avión, finalmente, se estabilizó y avanzó a velocidad crucero. Atravesó la capa de nubes, en la que rebotaban, débiles, las últimas luces del día, a unas alturas en las que el tiempo y el espacio parecían detenidos.

III.

La rodilla derecha de Gabriel se hundió en la estepa patagónica. Un arbusto de punta filosa, de los que pululan en esa geografía áspera y minimalista, le atravesó el pantalón verde y le dejó una estela roja en la piel. No sintió dolor. No podía sentirlo. El fusil fal, todavía flamante, que le habían entregado días atrás en una caja de tergotop y envuelto en una bolsa de plástico, con balas de 7.62 milímetros, capaces de matar a 600 metros de distancia, le estaba partiendo la espalda. Lo sostenía con ambas manos, apoyado por detrás en los hombros. Nunca olvide el número de serie, memorízelo, soldado, y acostúmbrese a su presencia. Va a estar con él día y noche.

Esa había sido la frase de cabecera del suboficial encargado de entregar el armamento a los soldados promediando la instrucción, en una estancia fundada por un inglés y ahora abandonada, a 50 kilómetros de Río Gallegos.

El sargento Cortez lo miró desde arriba, amenazante y con desprecio inocultable. ¡Carrera mar, cuerpo a tierra..., carrera mar, cuerpo a tierra! Las órdenes retumbaban en la inmensidad de esa soledad.

Por enésima vez, Gabriel se paró, agotado y al borde del llanto. En el debut en este tormento conocido en la jerga como «baile», sobre todo si es personal, la humillación alcanza ribetes extremos. Daños que llegan al cuerpo, pero también al alma. Esa es la intención, en definitiva. Esa es la ideología. Quebrar la moral, para que nazca una nueva persona, más dura y también más dócil a las órdenes.

El rostro estaba enrojecido. La vegetación baja, espinosa y áspera no perdonaba. Dejaba secuelas. El roce era inevitable. Transpiración. Restos de tierra pegados en las mejillas. Gabriel se incorporó. Corrió. Otra vez al piso. Se arrastró. Cortez lo

siguió de cerca, como un puma que reconoce las debilidades de su presa herida. Como un puma que huele sangre. Finalmente, la pausa reparadora. ¡Arriba, soldado!

El corazón estaba a poco de explotarle. De pie, sintió que la pierna derecha se le entumecía. Los rostros quedaron a centímetros. Cortez lo miró imperturbable. Disfrutaba del dolor ajeno.

—¿Dónde vive, soldado?

—En Palermo, mi sargento.

—Más alto.

—¡En Palermo, mi sargento!

Cortez se le acercó un poco más.

—¿A punto de empezar la facultad?

—Sí, mi sargento.

—¿Coiffeur?

—No, mi sargento, Medicina.

Cortez hizo una pausa.

—Muy bien, lo felicito, pero ¿sabe una cosa?, acá no hay coronitas ni nenes bien. Acá somos todos iguales y gana el que tiene las bolas mejor puestas. Y esos somos nosotros.

Cortez experimentaba en esas ocasiones una excitación especial, casi orgásmica. El poder y el anonimato juntos. La soledad del lugar le ofrecía una libertad absoluta. Se sentía —y lo era— el dueño de todo lo que allí estaba pasando. Sin embargo, el disfrute era más intenso cuando su presa era un soldado de clase media y aún verde en el mundo de las botas y los fusiles. Resentimiento social, algo que los suboficiales, provenientes en su mayoría de los sectores más bajos de la sociedad, conocían bien, sobre todo en su trato con los oficiales, que solían provenir de familias más acomodadas.

A esa altura, Gabriel sabía perfectamente que su padre no le había mentado cuando, en la noche anterior a enrolarse, le había dicho que se había comunicado con el jefe del escuadrón para decirle no a cualquier tipo de acomodo o trato preferencial, como solía ocurrir con los conscriptos provenientes de familias de militares. ¡Carrera mar!

Las órdenes se multiplicaban. Era la forma de adoctrinar y amansar a los reclutas. Gabriel perdió la noción del tiempo. Estaba en cuclillas con el fusil apoyado en los hombros, por detrás de la nuca. Sus piernas, sin fuerzas, empezaron a temblar sin control.

Cortez advirtió los movimientos. Como pocos suboficiales, él sabía detectar cuándo la víctima estaba al borde de quebrarse física y emocionalmente.

–Le voy a dar una novedad que sus compañeros desconocen... ¿Quiere saber de qué se trata?

Gabriel sintió que le hablaba casi al oído, inclinado sobre él.

–Sí –respondió con un hilo de voz.

–¡Más alto!

–¡Sí, mi sargento!

El suboficial lo miró desafiante.

–Hoy es un día histórico. Recuerde esta fecha, soldado, 2 de abril de 1982. Desembarcamos en las Malvinas, recuperamos las islas.

Gabriel lo miró en silencio, sin poder reaccionar.

–¡Las Malvinas son nuestras, soldado, son nuestras! ¿Está contento, Borja?

–¡Sí, mi sargento! –respondió lo más alto que pudo.

Gabriel intuyó que esa frase marcaría el fin del baile. Cortez también estaba agitado de tanto grito. Se ilusionó, pero una patada le dobló la espalda en dos. Quedó tendido sobre los arbustos bajos, casi sin poder respirar.

–Espere en la cima de ese cerro en posición de firme hasta que alguien lo vaya a buscar... ¡Carrera mar!

Corrió con las pocas fuerzas que le quedaban en dirección al cerro empinado y escarpado, a unos trescientos metros, que el suboficial le había marcado con el índice. Las piedras rodaban debajo de la suela de sus borceguíes. Buena parte de lo poco que ascendía lo perdía en el paso siguiente. Le costaba mantener el equilibrio.

En la cima se puso en posición de firme, con las palmas temblorosas y sudadas pegadas a la altura de los muslos. Dándole la espalda, Cortez prendió un cigarrillo y lo fumó apoyado en el jeep verde.

Gabriel levantó la vista. Enfrente, y hasta perderse en el horizonte, se desplegaba un mar cristalino y verdoso. El viento se había apiadado y amainó su virulencia. Fue, paradójicamente, un instante de disfrute. Pero, en minutos, recobró su furia. Las olas estallaban contra los acantilados filosos que caían a pique sobre la playa de arenas que parecían doradas. Instintivamente, bajó la pera hasta apoyarla en el pecho e inclinó el cuerpo hacia adelante para protegerse, pero el viento lo abrazaba y el polvo lo envolvió todo. El sol, ajeno, caía manso. Sus músculos estaban en estado de colapso, duros como las piedras que aplastaba. Vio a Cortez, que intentaba dormir en la cabina del jeep, y ya era de noche cuando cerró los ojos para que todo se hiciera definitivamente negro.

IV.

El regreso de la cena de camaradería en el elegante edificio del Círculo Militar, en Retiro, hasta el departamento de la Avenida del Libertador, frente a los Bosques de Palermo, fue tenso. Los rumores sobre el traslado del escuadrón de Gabriel a las islas se habían acentuado con los días.

–Estuviste callada toda la noche. ¿No vas a hablar?

Elena sabía que ese silencio provocaba lo peor en su marido, a quien en las últimas semanas había notado muy distante, como nunca antes, pero no pudo evitarlo.

Observó el perfil aguileño de Héctor. Pensó en poner una excusa, decirle que no se sentía bien, pero tomó coraje.

–No me entra en la cabeza lo que está pasando, adónde llegaron. Me supera.

Héctor sonrió irónico.

–Tu hijo está donde tiene que estar.

–¿Y si estalla la guerra...?

Héctor apretó fuerte el volante.

–Puede defenderse. Para eso se está preparando.

Elena optó por silenciarse, pero Héctor no estaba dispuesto a que la conversación se diluyera y retomó la palabra, envalentonado.

–¿No viste cómo me felicitaron todos?, hasta el teniente coronel Maidana se me acercó y me dio un abrazo. ¿Sabés qué me dijo?... «Borja, su hijo es un orgullo para todos nosotros. Un héroe».

Cuando llegaron al estacionamiento subterráneo del edificio, Elena bajó del auto lo más pronto que pudo y caminó hacia los ascensores de la planta baja. Héctor apuró el paso y llegó primero al hall de entrada. No se hablaron más en toda la noche.

A la mañana siguiente, Elena se apareció en el living en bata de dormir. Era un ambiente con lustrados pisos de parquet, araña de caireles y dos pinturas originales de pintores renacentistas españoles iluminadas por los amplios ventanales.

Héctor, de traje y corbata, estaba recostado en el sillón, junto a la mesa ratona, donde había una taza con restos de café con leche. Leía el diario La Nación abierto de par en par. Elena apoyó suavemente la mano sobre su hombro, buscando reconciliarse. Buen día. Héctor se bajó los anteojos hasta la punta de la nariz y la miró.

V.

La guerra podía olerse en Río Gallegos, una ciudad totalmente militarizada. Camiones Unimog y vehículos militares recorrían las calles con soldados que escondían tensiones y miedos con rostros camuflados para el combate. La terquedad